



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXIX

DECAÑO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 11307

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11 2/3 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

VIERNES 14 DE JULIO DE 1939

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

LABORATORIO BACTERIOLOGICO

DEL DOCTOR LEOPOLDO CÁNDIDO

Consultorio Médico.—Tratamiento moderno de las enfermedades crónicas y rebeldes

Centro general de vacunaciones

Horas de curación y consulta de 9 á 11 de la mañana y de 3 á 5 de la tarde

MURALLA DEL MAR, 23

Vacunas, Sueros, y Jugos orgánicos.

Todos estos remedios se aplican en el Consultorio y á domicilio, y se expenden por cajas de seis ó más tubos ó ampollas; á los señores farmacéuticos.—Se practican análisis de líquidos orgánicos, esputos, etc.

Depósito de los renombrados vinos con jugos hepático y orquídeo

Teléfono número 30.—Dirección Telegráfica: Dr. Cándido

LOS ARSENALES

Un telegrama de Madrid dice que en el próximo Consejo de ministros que se celebrará el lunes se tratará del arriendo de los arsenales.

La noticia es más que desagradable, desagradabilísima, y ha causado el natural disgusto.

¿Qué arsenales son los amenazados?

Si hemos de dar crédito al rumor que circula hace tiempo, se reservará uno el Estado y arrendará los otros dos.

El rumor lo designa con sus nombres; son, si no miente ese run run salido de no se sabe dónde, los de Cádiz y Cartagena, porque los que han de decidir en este asunto consideran como el más completo para satisfacer las necesidades del Estado el arsenal gallego.

La nueva nos ha causado verdadero asombro. Habíamos creído que el arsenal de Cartagena era algo más que un taller de construcción y le asignábamos una importancia que no tienen los otros: su situación cercana á los futuros teatros de guerras internacionales que han de estallar afán y el estar al abrigo de un gol-

pe de mano, perfectamente defendido y amparado por la cortina de montañas que lo ponen a cubierto de cualquier agresión.

Bajo el punto de vista estratégico no hay en España otro arsenal como el de Cartagena; desde él se puede atender á Baleares, como desde Ferrol y Cádiz se puede atender á Canarias. Lo que no se puede, ni habrá ciertamente quien lo sostenga en serio, es atender desde uno solo de ellos á ambas provincias adyacentes.

Efectivamente; el estado de Gibraltar es punto muy apropiado para cortar las comunicaciones de Baleares con el Ferrol y Cádiz y las de Cartagena con las Canarias; y en caso de guerra, podría darse el caso de que teniendo una escuadra en Ferrol ó Cartagena no pudiera socorrer una de aquellas provincias y la mitad de las costas de España.

Ciertamente no estamos en condiciones de tener guerras con nadie; pero es verdad también que no se va por gusto á esos torneos, si no atraídos por la necesidad y las mejores veces estimulados por la ambición.

Nuestro estado actual es precario; pero esto será siempre. Tan bajo hemos caído que no nos queda esperanza de poder aspirar al

puesto de que nos arrojó la guerra? ¿Es que ya no hemos de tener marino en proporciones de que se nos respete por el mar?

El arriendo de los arsenales quizá fuese beneficioso para cualquiera de las poblaciones que lo tienen, porque una empresa particular construiría más que el Estado y emplearía mayor número de trabajadores; pero las necesidades de la patria, y su defensa, aconsejan que en las costas de España que están bañadas por dos mares que interrumpen un estrecho, haya un arsenal en el Atlántico y otro en el Mediterráneo.

Cuanto se haga en contra de esto será insigne torpeza.

TIJERETAZOS

El Diario de Murcia publica una larga lista, en la que figuran las trampas que tienen en instrucción pública los ayuntamientos de la provincia.

Algunos deben cantidades insignificantes.

Pero hay uno, —el de Lorca— que debe más que puede.

11.153.226 95 pesetas!!!

¿Qué falta habrá cometido los infelices maestros á quienes Lorca no paga ningún año su estipendio? ¿Y cómo pueden vivir esos empleados que cobran y no cobran? Como no cobran su sueldo, no me explico como pueden vivir allí los maestros. Tampoco puedo explicarme que haya un ramo de Fomento y paguemos un ministro que consiente esos entuertos.

Relatando El Tiempo la sesión del Congreso, del martes, dice: «El Sr. Mataix dirige á los ministros varias preguntas de importancia.» Sin importancia, eh? Pues al armaron un escándalo las sales preguntitas. Como que hubo campaneo en grande y granizada de palabras gordas.

No hubo bajas, es verdad y tal vez por eso El Tiempo dice que no es importante ese escándalo estupendo. Pero contra la opinión de ese colega tan fresco, está la de todo el mundo que presenció tal suceso.

Un español, que dejó de serlo cuando los americanos se apoderaron de Puerto Rico, escribe á España desde aquella isla que los yanquis lo traían como prisionero.

Pues paciencia y barajar amigo, tú lo has querido; si ahora te ves oprimido te echas de cabeza al mar. No ha lugar á lamentarse del proceder del yanqui; el que busca el mal por sí vaya al infierno á quejarse.

parables á un marjar apetitoso, dispuesto á sociar el hambre del necesitado. Pienso más alto. Vivo en un mundo que tiene más luz, más ambiente, más aroma que esta miserable sociedad, incapaz de proporcionarme sensaciones nobles, puras, elevadas. Tengo 23 años, y ni placeres ni diversiones me han sacado de mi encastillamiento psíquico.

Y recostando la cabeza sobre la pared, y lanzando al aire una bocanada de azulado humo, mi amigo calló.

Yo sabía que Dieguez se las daba de intelectual, y medité que merecía un castigo. Yo formaba parte de aquella sociedad tan despreciada por él y tenía que vengarme.

Un frí-frí de faldas que tras mí sentí, y un penetrante olor á esencia de heliotrope que á mis narices llegó, hicieron que me volviese. En el café habían entrado dos muchachas muy retapadas y elegantes, que me saludaron sonriendo. Eran Juanita Terceroera y Rosa la Blanca, dos conocidas mías y de mucha gente.

—Sentarse, chiquitas —las dije.

Las damas se sentaron, pidieron cuanto les plugo, y empezó el palique.

Dieguez, con acento cansado y tono desdeñoso, soltó unas cuantas posillas acerca de la belleza helénica. Ellas, dentro de sus límites, se guardaron un poquito de Dieguez.

Yo tenía que marcharme á Barcelona al día siguiente. Disolví la reunión y salimos. Juanita y Rosa ofrecieron su casa á Dieguez, que quiso acompañarme á la mía con delicada atención, y nos separamos de ellas.

—¿Que le parecen á V. esas niñas? —le pregunté.

—¡Hombre!... ¿Que quiere V. que me parezcan? —me respondí.

—¿Tra V. á verlas?

—¡Pabe... quizás... la materia tiene sus exigencias.

Dieguez era rico, condición indispensable para despreciar á la sociedad. Yo conocía las buenas cualidades de mis amigas.

Dejaba bien abonado el terreno.

A mi vuelta de Barcelona, ocurrida al mes, me encaminé una noche á los Jardines. Apenas llegué, dí en un corro de gente elegante y bulliciosa en el cual se encontraba Rosa la Blanca. Pré-

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 426

LA PRINCESA DE LOS URSINOS 424

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 421

—Pues ayúdame, ayúdame á poner fuera de combate á la princesa.

—¿Y cómo, cómo sin exponerle todo? Ella es aquí el rey, la omnipotencia.

—Por lo mismo, y para que no haga más daño, es necesario destruirla.

—Os aconsejo, señores, no os aventuréis en eso, porque podéis atraer sobre vos innumerables consecuencias, que yo deploraría, y no me perdonaría nunca el haber contribuido á ellas.

—Hace muy pocos días que estoy en la corte, y sin embargo, creo conocerla mejor que el más cortesano de los cortesanos: cosas he descubierto en ella que nadie había podido descubrir. Voy á daros una prueba: he descubierto vuestros amores con la princesa de los Ursinos; y aun he descubierto más: vos podéis ser un buen juez de ello. ¿No habeis recibido en Tarazona, sin saber cómo, ni por dónde, una carta de amor, y de amor ciego, de Ana María de la Tremolle á un tal Prevauz de la Chantiniere?

—¿Habeis sido vos, señora?

—Sí, puesto que de ello os hablo.

—¿Pudo cada uno de vos comprenderme?

—De la Chantiniere perdí aquella carta en palacio; yo me apoderé de ella, y os la envié; os necesitaba.

—Ha sido una ceguera de joven, un deslumbramiento: la princesa es seductora.

—Una vieja que se sostiene á fuerza de artificios: valeis muy poco, caballero Santivañez.

—Pero, señora, yo no comprendo esto, ¿no puedo comprender cual es vuestro objeto?

—Servir al rey y á la reina.

—¡Ah! ¿sois enemiga de Ana María?

—Enemiga de los enemigos del rey.

—Señora, señora, á cada momento me vais pareciendo mas respetable.

—Es decir, mas temible.

—Tanto da: no se respeta mas que lo que se teme.

—Pues temedme mucho, caballero Santivañez.

—Me rindo á discreción: ¿qué queréis?

—Hacedos feia.

—¡Ah! pues vuelvo á no comprender.

—No deis que amais con toda vuestra alma á esa dama rubia, á quien habeis encontrado en el campo?

—Y de tal manera, que si Dios no lo remedia, voy á volverme loco por ella.

—¿Y creéis que la princesa no será una desgracia para esa señora el día en que conozca que la habeis traicionado?

—¡Oh! no quiero pensar en ello.

contra mis acreedores, que es todo lo que se puede decir.

—Faltais á la verdad con un aplomo que aturde; vamos á ver: ¿á quién ama el rey nuestro señor?

—A su majestad la reina; á menos así parece.

—¿No más que á su majestad la reina?

—Y á Dios, porque es muy justo: el rey nuestro señor es muy buen católico.

—Sí, un católico que falta gravemente al decálogo.

—Pero ya veis, señora, que yo no soy el confesor de su majestad, que no estoy informado...

—Pues es muy raro que vos no sepáis lo que todo el mundo sabe.

—¿Y qué sabe todo el mundo?

—Se dice en la corte que el rey nuestro señor y su alteza la señora princesa de los Ursinos...

—¡Ah, sí se dice que se aman; pero eso es muy viejo, y sobre todo, los reyes tienen bulas: como que se casan por razón de Estado, y el amor no reconoce la razón de Estado, no han de reventar los pobres reyes, señora: eso no sería justo; eso sería hacerlos de peor condición que cualquiera que se casa con quien quiere y porque quiere: ahí está el señor rey don Luis XIV que ha hecho feia al mundo, dándole nobles bastardos y admirabilísimas bastardas.